

EL VALOR DE LA EDUCACIÓN

La educación es una cualidad del hombre y a la vez una necesidad. Cualquier sociedad se plantea la educación como una primerísima tarea que debe atender.

Hoy día que existe la tendencia a expresar y entender todo en términos empresariales podríamos asegurar que **la educación es la empresa de mayor calado en la que está comprometida la persona; y como toda empresa, es un proceso de optimización de posibilidades.** Tenemos unos recursos, que individualizan a cada ser humano, para desarrollarlos de la manera y el modo más idóneos y conseguir así los mejores resultados.

La optimización de los recursos en la empresa educativa se puede expresar con una palabra: armonía, esto es, el desarrollo proporcionado de la diversidad en la unidad. Las personas no somos principalmente inteligencia o sentimientos o voluntad, sino todas ellas a la vez; cuando hay eficacia en la educación que adquiere una persona, es cuando cada una de sus facultades y cualidades, funcionan, actúan armónicamente con las demás y según su naturaleza específica. La educación no consiste en formar personas eruditas, cargadas de conocimientos o saberes sobre algo, ni personas voluntariosas, ni sensibles a lo que le rodea, ni amables, ni simpáticas; sino personas con los suficientes recursos para conseguir por ellas mismas la auténtica felicidad. *Víctor García Hoz* habla del *homo gaudens* como claro objetivo de la acción educadora. No es posible que la persona se realice como tal si no es feliz.

La educación desemboca en la felicidad y el conocimiento propio; *Chersteston* decía que *el secreto de la vida reside en la risa y en la humildad*, y así es, el termómetro que indica el grado de eficacia de la educación de la persona es el grado de felicidad y de sencillez que consigue, de descomplicación, porque las vidas complicadas no son más que vidas mal educadas.

Según *Tomás Moro*, el conocimiento propio que nos facilita una buena educación hace posible que: a) seamos capaces de aceptar con serenidad aquellas cosas que no podemos hacer o conseguir b) tengamos el valor suficiente para hacer las cosas que podemos y debemos c) y la sabiduría necesaria para conocer la diferencia entre unas y otras.

La educación no cotiza en bolsa, pero está, como toda empresa humana, sometida a fluctuaciones debidas a diversas y variopintas influencias. Ya nos gustaría levantarnos por la mañana y ver en la prensa cómo está la educación ese día, si está alta o baja, si algunos políticos o parlamentos o grupos de presión interesados están depreciando su valor. No cotiza en bolsa pero, de alguna manera, todos tenemos un buen paquete de acciones, que aumenta con los años, y no nos permite el ser ajenos a sus fluctuaciones.

¿Cómo podremos controlar la bolsa de valores educativos? Es evidente que no podemos dejar de invertir tiempo y dinero, que no podemos salirnos del parque

bursátil, porque en ello nos va la vida como seres racionales y sociales; qué podremos hacer, quizá, un buen camino es invertir sólo en aquellos valores educativos que son garantes de nuestra concepción de la persona humana; coger el cedazo y limpiar de paja el complejo maremagno de valores, antivalores y pseudovalores que pululan en el mercado y quedarnos con los que vale la pena; nuestro paquete de acciones tiene que tener *certificado de garantía*.

No podemos cuantificar la educación, pero sí **hemos de tener índices de referencia, de evaluación, de control**. Tenemos que conocer qué aires corren para podernos proteger, porque la educación es un valor muy sensible a todo lo que sucede en nuestro planeta. Y, sin embargo, no todo vale, no todo sirve, el hombre no es un negocio económico o una complicada máquina, en el que ante estímulos determinados se esperan respuestas precisas; el *behaviorismo* americano está trasnochado. Tampoco es un simple mecanismo bioquímico en el que se producen reacciones controladas por el mismo hombre, como sucede en cualquier experimento realizado en una probeta de laboratorio; es mucho más.

Necesitamos unos puntos de referencia sólidos, unas bases suficientemente seguras para poder edificar el edificio educativo.

McIntyre, en "*After virtue*" asegura que la crisis de la educación en occidente está causada, entre otras cosas, por haber abandonado la virtud aristotélica, y la solución es una vuelta a Aristóteles. El viejo filósofo propone la *vida contemplativa* como meta natural del quehacer humano, lo específico de la persona humana es conocer lo más sublime y amarlo, esta contemplación de conocimiento y voluntad desemboca en el gozo y la felicidad, que será mayor cuanto mayor sea el ser u objeto conocido.

La sociedad que nos ha tocado vivir está, a veces, como ciega ante la realidad, se le podría aplicar aquella afirmación de Tito Livio refiriéndose a Roma: *subió tan alto, tan alto, que fue víctima de su propio progreso*.

Julio Barrilero